

11. Como Dios omnipotente habla á nuestras pasiones tumultuantes, y las pasiones se apaciguan: habla á la turbación, á la inquietud, á la ira, á la malquerencia: Vosotras—les dice—no pasaréis de aquí. y ellas al punto se contienen: habla á nuestra alma temerosa, diciéndola: Alma de poca fe, ¿por que temes? Yo estoy contigo; y nuestra alma se sosiega y queda ordenada.

Como Rey, establece su imperio en nuestros corazones, y para que dominemos el amor desordenado á los bienes sensibles, á la vanidad, al orgullo y á los deleites de los sentidos, nos exige, cuando hemos comulgado, que renovemos nuestras promesas de fidelidad á sus mandamientos divinos, y el alma queda ordenada.

Como Maestro, parece decirnos en el instante mismo de comulgar: «Yo soy la verdad, y debo ser creído. El mundo es un maestro engañoso, que enseña mentiras é ilusiones; huye de tus concupiscencias como de maestros pérfidos que te conducen á la muerte; mira á tu razón como maestra limitada, que sabe poco, que ignora mucho, y que no pocas veces toma las apariencias por realidad.» Nosotros le oímos, y el alma queda ordenada.

Como Pastor, El nos conoce, nos conduce por el verdadero camino, nos aleja de los pastos venenosos y, si es preciso, nos lleva amoroso sobre sus hombros para evitar el cansancio, ó, lo que es lo mismo, vigila nuestros pasos para que no nos apartemos del aprisco, y el alma queda ordenada.

Como Juez, lo ve todo, lo sabe todo, nada olvida..., y como al mismo tiempo le contemplamos bondadoso dentro de nuestro corazón, este pensamiento nos contiene en el mal, nos calma en las pasiones, nos consuela en los trabajos, y el alma queda ordenada.

Como Padre—¡bendito sea el Señor!—le miramos siempre pronto para perdonar, tarde para castigar, bueno para ayudarnos, y el alma queda ordenada.

Como Salvador, finalmente, hallándose dentro de nosotros, nos ofrece una garantía firmísima de la vida eterna, pues se constituye en favor nuestro, ora como Mediador, interponiéndose entre Dios y nosotros para demandar gracia; ora como Redentor, ofreciendo al Padre los méritos infinitos de su vida, pasión y muerte en pago de nuestras deudas; ora como Víctima inmolándose para aplicarnos los frutos de su inmolación; ora como amigo fiel, que nunca nos abandonará, y que nos llevará cariñosamente á la presencia de su Padre en la patria celestial. ¡Qué consuelo! ¿Es posible mayor orden, mayor paz y mayor felicidad?

12. Todos estos prodigios, y otros muchos más obra Jesús sa-

cramentado en el alma que dignamente le recibe, y por eso cabe decir con toda verdad que la Comunión sagrada es para nosotros un principio de felicidad suprema. Regocijémonos—dice el Apocalipsis—y llenémonos de alegría, y rindamos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado... ¡Felices los que han sido llamados á las bodas del Cordero! (XXI, 27.)

Verdaderamente, recibir en nuestro corazón al Señor Dios de cielos y tierra es la mayor dicha que podemos obtener en este mundo; porque, como dijo San Pablo, poseyendo á Jesucristo, estamos llenos de bienes, lo tenemos todo, y todo con abundancia (1). Si Dios está con nosotros ¿quién osará ir contra nosotros? Y si alguno fuere, podemos decir: «Tengo conmigo al que es omnipotente: todo lo puedo en Aquel que me conforta.» ¡Oh! Lo que hace falta en nosotros es fe y confianza; porque si por la Comunión formamos una sola cosa con Dios, y Dios está á favor nuestro, ¿qué podrá dañarnos? Nada ni nadie. No hay cosa por qué debamos intranquilizarnos, ni por el alma, ni por el cuerpo, ni por lo presente, ni por lo venidero. Nuestro cuidado único ha de ser amar y servir al Señor, y no apartarnos nunca de El. Si las delicias de Jesucristo consisten en estar con los hijos de los hombres, ¡con cuánta más razón los hijos de los hombres hemos de encontrar nuestras delicias en estar con Jesucristo y en poseerle en nuestros corazones!

13. Santa Mónica, después de haber comulgado, exclamaba con santo regocijo: «Mi corazón y mi carne se han estremecido de felicidad en mi Dios»; y de Santa Magdalena de Pazzis leemos que nada encontraba comparable á la dicha de comulgar. «Para procurarme este gozo—decía ella—no titubearía en, si fuese necesario, entrar en la madriguera de un león y exponerme á toda clase de sufrimientos.» San Carlos Borromeo afirmaba que sus delicias consistían en hallarse al pie del altar y recibir á su Dios; y siempre que la necesidad le alejaba de los sagrados Tabernáculos, dejaba en ellos los afectos de su corazón (2).

De esta manera han pensado siempre los Santos; así piensan hoy las almas piadosas, y así seguirán pensando hasta la consumación de los siglos, porque es verdad innegable que nosotros, al comulgar fervorosamente, damos comienzo á aquella felicidad suprema que gozan los bienaventurados en el cielo.

14. Los Santos en la gloria están con Dios, unidos á Dios y

(1) Habeo omnia, et abundo; repletus sum. (Philip., IV, 18.)

(2) Así se lee en la vida de dichos Santos.

como transformados en Dios; y ¿qué otra cosa nos acontece á nosotros en la Mesa eucarística? Estamos *con Dios*, y eso mismo expresa San Juan en el Apocalipsis, cuando dice: *He aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y Dios habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitará con ellos, y será su Dios* (1). Estamos *unidos á Dios*, y con unión tan íntima, que en lo humano es imposible imaginar otra mayor. Estamos como *transformados en Dios*, pues con la Comunión sagrada somos miembros del cuerpo de Jesucristo, *formados de su Carne y de sus huesos*, como bellamente expresó San Pablo (2). Luego si, á semejanza de los Santos de la patria celestial, estamos por la Eucaristía *con Dios, unidos á Dios y transformados en Dios*, lógico es concluir que al comulgar comenzamos aquí en la tierra á poseer la eterna ventura de los cielos, y Jesucristo, al venir en la santa Hostia á morar en nuestro corazón, parece decirnos como en carne mortal dijo á su Eterno Padre: *Todo lo mío es vuestro, y todo lo vuestro es mío* (3). ¡Qué felicidad! ¡Y está en nuestra mano obtenerla!

¡Oh! Es verdad que en el cielo hay más luz, más conocimiento, más alegría y seguridad; pero los Santos no poseen á Dios más real, substancial y personalmente que nosotros le poseemos en la tierra con la fervorosa recepción del Santísimo Sacramento. En el cielo, los bienaventurados disfrutan de Dios, son servidores suyos, le aman, le alaban, le adoran, pero siempre el Señor es dueño y no esclavo; mas en la Mesa eucarística, Jesucristo se hace como esclavo nuestro, somos dueños suyos, le poseemos, disfrutamos de El y nos sirve. ¿Quién pudo jamás concebir ni imaginar en la tierra felicidad mayor y más suprema grandeza?

15. ¡Felicidad misteriosa! Se os siente bien, Señor, pero no es posible decir de dónde venís ni lo que sois. El cristiano que comulga, aunque se halla en la tierra con el cuerpo, su alma está como trasladada al cielo, donde gusta las primicias y se sacia de ellas. El mundo sensible se desvanece ante él, con todas sus ilusiones engañosas, y con todos sus empozoados encantos; él experimenta los dulces atractivos de la gracia, las puras delicias de la virtud y los consuelos inefables de la unión divina. Escuchadle en aquellos dichosos instantes que comulga, y le oiréis llamando á su Criador y á su Salvador, *mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi*

(1) Ecce Tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus. (Apoc., XXI, 3.)

(2) Membra sumus corporis ejus de carne ejus de osibus ejus. (Ephes., V, 30.)

(3) Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt. (Joann., XXVII, 10.)

amado, alma de mi alma, corazón de mi corazón, mi bien, mi tesoro, mi todo. Escuchadle elevando su esperanza á la altura de la certeza y diciendo á su Dios: «Vos sois todo mío, y yo todo vuestro. Yo os tengo en mis brazos y reposo en vuestro corazón.» Ved aquí lo que sucede en el interior del alma que se acerca á la sagrada Mesa. ¿Quién ha de extrañar que el alma que renueva con frecuencia por la Comunión estas ascensiones al cielo y estos coloquios con Dios, acabe por olvidar la tierra, por despojarse del hombre viejo, por desprenderse del mundo y de sí misma, por afirmarse en el camino de la virtud, por hacer de la santidad su estado habitual, su necesidad y su ventura? (Raul., Conf. XX.)

He aquí cómo se expresan los oradores sagrados al delinear los efectos primarios de la Comunión sagrada, hecha con las debidas condiciones: mas como esto en realidad no es más que el comienzo de una serie interminable de gracias y de mercedes divinas, que vienen en pos de la unión eucarística, y que el cristiano en manera alguna debe ignorar, nos es forzoso añadir un nuevo capítulo para enumerar otros efectos de no pequeño interés práctico y de grande consuelo para el corazón cristiano.